

Primera versión recibida: diciembre 12 de 2007  
Versión final aceptada: febrero 24 de 2008

Camilo Vargas-Pardo\*

## El "cuerpo parlante" en *Flores*, de Mario Bellatín

### The "Talking Body" in *Flores* by Mario Bellatín

#### Resumen

En este ensayo se pretende darle una nueva lectura al concepto "cuerpo parlante", que se abstiene de delimitar el género sexual y que además genera una reconstrucción conceptual de los significados de sexualidad e identidad, a través de una reflexión sobre la novela *Flores*, que narra varias historias de personajes mutilados, a quienes se puede entender como entes en busca de una sexualidad en la que el cuerpo humano puede ser visto como una construcción tecnológica en función del placer.

**Palabras clave autor:** contra-sexualidad, sexualidad, género, identidad.

**Palabras clave descriptores:** identidad sexual, sexualidad.

\* Profesional en Estudios Literarios de la Pontificia Universidad Javeriana. Actualmente realiza su tesis para la Maestría en Literatura de la misma universidad. Se desempeña como docente de la Fundación Universitaria Monserrate para el programa de Educación Básica con énfasis en Lengua Castellana. Este trabajo surge en el marco del Seminario de Escritura y Erotismo (2004), desarrollado por el profesor Daniel Balderston para la Maestría en Literatura de la Pontificia Universidad Javeriana. Correo electrónico: camilo.vargaspar@gmail.com

#### Abstract

This essay pretends to make a new reading of the concept of "speaking body", which refrains from delimiting the sexual gender and which also generates a conceptual reconstruction of the meanings of sexuality and identity. This, through a reflection on the novel *Flores*, by Mario Bellatín, which narrates several histories about crippled characters, who can be understood as beings in search of a sexuality that sees the human body as a technological construction in function of pleasure.

**Key words author:** Against-sexuality, Sexuality, Gender, Identity.

**Key words plus:** Gender identity, Sexuality.

*La sexualidad normativa refuerza el género normativo*

Judith Butler

Lo más frecuente y común en un trabajo de crítica literaria es seguir ciertos términos de normatividad crítica; es decir, lo normal a la hora de construir un ensayo de crítica literaria es partir de una obra literaria que ha significado para el lector y ensayista una apertura de interrogantes que generan una reflexión, para la cual, casi siempre, es necesario encontrar un apoyo adecuado en la crítica y en la teoría literaria, que permita resignificar la obra, darle una nueva lectura o simplemente entenderla de un modo particular.

En este trabajo pasa al revés, pues todo se origina a partir de los interrogantes que surgen con la lectura del texto de carácter teórico *Manifiesto contra-sexual* (2002) de Beatriz Preciado. Estos interrogantes generan una reflexión acerca del concepto de "cuerpo parlante" la cual sugiere una búsqueda y señala norte a este trabajo. Tal búsqueda gira en torno al deseo de ubicar este concepto en la obra literaria, con el fin de entenderlo y quizá redimensionar su significado desde el lenguaje literario.

El fin de esa búsqueda llega con el afortunado hallazgo de la novela *Flores* de Mario Bellatín (2004). Tal vez ese universo subversivo y sarcástico en el que Beatriz Preciado sume al lector, enfrentándolo de manera radical a una concepción normativa y heterocentrada de la sexualidad, ha producido la formulación "anormal" de este trabajo; pues no parte de la obra literaria, sino de la teoría literaria.

El *Manifiesto contra-sexual* es principalmente un texto subversivo. Un texto cuyo tratamiento irónico y sarcástico, pero documentado y centrado, pretende cambiar lo ya dado, las normas establecidas, la concepción de la sexualidad establecida por una sociedad heterosexual predominante. Para esto propone la contra-sexualidad, y así como Marx expone su "Manifiesto comunista" desde el concepto de la plusvalía, mientras se esperaba que lo hiciera a partir del concepto de población; Preciado, en lugar de exponer su propuesta a partir del concepto de género, lo hace desde el concepto del Dildo o consolador. De este modo, propone una mirada a la sexualidad del cuerpo como una construcción tecnológica cuyo fin es el placer.

Pero antes de avanzar, en el punto de convergencia entre el texto de Preciado y el de Bellatín, veamos la problemática que aborda la autora española con su manifiesto. Evidentemente, para llegar a una definición de la contra-sexualidad, Preciado ha tenido que establecer los problemas de una sociedad sexualmente heterocentrada en la que sexo y género son equivalentes, así como heterosexualidad y naturaleza, lo cual genera: “un aparato social de producción de feminidad y masculinidad que opera por división y fragmentación del cuerpo” (22), así como “roles y prácticas sexuales, que naturalmente se atribuyen a los géneros masculino y femenino, (que) son un conjunto arbitrario de regulaciones inscritas en los cuerpos que aseguran la explotación material de un sexo sobre otro” (22); por otra parte, esta concepción heterosexual provoca una visión en la que los hombres y las mujeres son reducidos a significantes sexuales, a “construcciones metonímicas del sistema heterosexual de producción y de reproducción que autoriza el sometimiento de las mujeres como fuerza de trabajo sexual y como medio de reproducción” (22); además, si se entiende el cuerpo como superficie erótica, éste se ve reducido a los órganos sexuales reproductivos, “a privilegiar el pene como único centro mecánico de producción del impulso sexual” (22).

Entonces al identificar la problemática de una sociedad heterosexual que configura la normatividad sexual y margina los grupos que no se adscriben a tal propuesta, Preciado propone revocar el contrato que liga la sexualidad con la naturaleza biológica de un individuo, contrato vigente en una sociedad heterocentrada. Es decir, la contra-sexualidad sería el “fin de la Naturaleza como orden que legitima la sujeción de unos cuerpos a otros” (18). En ese sentido, estaría, por un lado, buscando la “deconstrucción sistemática” de las prácticas sexuales inscritas en el contrato de normatividad heterosexual que une la naturaleza y sexualidad; y por otro, buscaría la equivalencia (no igualdad) de esos cuerpos marginados por una sociedad heterocentrada, los cuales han “desviado” sus prácticas sexuales de lo estipulado por la sociedad.

Para ello, uno de los axiomas primordiales del manifiesto es ver en la contra-sexualidad una “teoría del cuerpo que se sitúa fuera de las oposiciones hombre/mujer, masculino/femenino, heterosexualidad/homosexualidad” (19) y que define la sexualidad como tecnología; de este modo, se provoca una nueva perspectiva a la hora de abordar el problema de la identidad, pues, al desvincular la denominación genérica de la actividad sexual del individuo, proponiendo ver en la sexualidad una tecnología que funcionaría como común denominador de las personas que tienen encuentros sexuales, que no restringe la actividad sexual dependiendo del sexo biológico, sino que por el contrario, aumenta las posibilidades sexuales del individuo, no importa si es hombre, mujer, travesti, homosexual, transexual, etc., el problema de identidad trasciende las barreras de la denominación genérica ligada a las prácticas sexuales y al discurso performativo, y así se redimensiona la naturaleza de la actividad sexual.

En la contra-sexualidad se rompe toda una serie de binomios oposicionales. La denominación de hombre no se le da al cuerpo que mantiene prácticas sexuales con mujeres; la de mujer no se le da al cuerpo que mantiene relaciones sexuales con hombres, ni la

de homosexual al que mantiene prácticas sexuales con alguien de su mismo sexo. Simplemente todos pueden ser “cuerpos parlantes”.

Pero detrás de este “simplemente”, viene un problema de identidad y de género; es decir, ¿el concepto de cuerpo parlante reemplaza totalmente el de género? Y ¿si el género no es definido por la práctica sexual ni por discursos performativos, cómo se define? Si este fuera un problema meramente lingüístico podría ser resuelto con modificaciones a la lengua, en el sentido en que al ser todos potenciales “cuerpos parlantes”, sólo tendría que hacerse modificaciones lingüísticas que no discriminaran entre hombre, mujer, etc.; pero, el problema no es sólo lingüístico.

Judith Butler, en su libro *Género en disputa* (2001) trae a colación “cómo las prácticas no normativas ponen en tela de juicio la estabilidad del género como categoría de análisis” (12). Este es su gran logro: deja abierto el problema y evidencia la situación en que el género es construido socialmente desde un discurso hegemónico de la normatividad heterosexual, pero después de esto quedan muchas otras cuestiones por resolver. Precisamente Butler origina reacciones como la de Preciado, en las que el interrogante sobre la identidad sexual y el género toma distintas dimensiones.

Preciado genera una discusión que queda abierta frente a la posición de Judith Butler, cuando afirma:

El género no es simplemente preformativo (es decir; un efecto de las prácticas culturales lingüístico-discursivas) como habría querido Judith Butler. El género es ante todo prostético, es decir, no se da sino en la materialidad de los cuerpos. Es puramente construido y al mismo tiempo enteramente orgánico (25).

Entonces ¿qué significa que el género no es simplemente preformativo? Sabemos que lo “preformativo” hace referencia a los procesos culturales que se encargan de circunscribir un cuerpo en una sociedad heterocentrada, en que su género es construido discursivamente... es más, “El sujeto accede a la identidad a través de una red discursiva, e históricamente localizada, que le precede. Es a través de la corporealización, personificación de la normatividad de un género dado en que el sujeto “actúa” en una matriz de poder y constituye una realidad social de tal ficción” (Kosofsky, 5), pero también sabemos que como respuesta a esta forma de estipular el género hay una performatividad que aprovecha el discurso hegemónico heterosexual para legitimar un discurso propio y unos términos propios como lo es el mismo término *bollo* que “Pasa de ser un insulto pronunciado por los sujetos heterosexuales para marcar a las lesbianas como ‘abyectas’, para convertirse posteriormente en una autodenominación contestataria y productiva de un grupo de ‘cuerpos abyectos’ que por primera vez toman la palabra y reclaman su propia identidad” (Preciado, 24).

Al ver la sexualidad como una tecnología y los cuerpos como mecanismos de producción de placer, el género pasa de ser una construcción cultural y discursiva que pretende conservar un orden heterosexual productor de cuerpos sexuados, a convertirse en una

concepción a partir de la cual los discursos performativos, paradójicamente, han generado una respuesta que sacude el sistema sexo/género, produciendo nuevos discursos que además permiten la comprensión de la naturaleza del género como algo que es construido y dado, al mismo tiempo. Esto significa una apertura de la comprensión de las prácticas de género, así como entender el cuerpo como una construcción equivalente en búsqueda de distintas formas de placer, y una manera menos excluyente y marginadora de entender la identidad sexual:

En el marco del contrato contra-sexual, los cuerpos se reconocen a sí mismos no como hombres o mujeres, sino como cuerpos parlantes, y reconocen a los otros como cuerpos parlantes. Se reconocen a sí mismos la posibilidad de acceder a todas las prácticas significantes, así como a todas las posiciones de enunciación, en tanto sujetos, que la historia ha determinado como masculinas, femeninas o perversas. Por consiguiente renuncian no sólo a una identidad sexual cerrada y determinada naturalmente, sino también a los beneficios que podrían obtener de una naturalización de los efectos sociales, económicos y jurídicos de sus prácticas significantes (18).

Es obvio que este manifiesto es completamente utópico, si pensamos que por ejemplo, cada cuerpo parlante debe validar un contrato para ejercer las prácticas contra-sexuales y ser del todo un cuerpo parlante. Aun así el manifiesto deja una reflexión contundente y radical contra el manejo y la legitimación de una (hetero) sexualidad excluyente.

Entonces, al indagar sobre la presencia del cuerpo parlante en una obra literaria y encontrar *Flores* de Mario Bellatín, la circunstancia primordial que impulsa su estudio es la presencia de un personaje que representa a un escritor al cual le hace falta una pierna y quien se encuentra en constante búsqueda de personas que realicen prácticas sexuales alternativas. Esta figura funciona como dispositivo para realizar una profunda inmersión en el universo de la novela, pues la mutilación de este individuo y su carácter indagante sobre distintas posibilidades sexuales, permiten la visualización de una persona como construcción tecnológica en búsqueda de distintas posibilidades de placer: un cuerpo parlante.

Pero vamos por partes, tal y como está construida la novela, ya que no sólo este personaje mutilado resulta apropiado para la reflexión que se hace en este trabajo. En la novela hay más de un caso de prácticas contra-sexuales, a partir de los cuales se puede indagar sobre una manera más amplia de entender la identidad sexual y el género, pues al adecuar estos casos al concepto de cuerpo parlante se puede ver cómo éste no solamente es una denominación indiscriminada del individuo que señala a aquel que sostiene prácticas “contra-sexuales”, sino que también significa todo un esfuerzo conceptual por entender el cuerpo y aceptar distintas posibilidades de adquirir una identidad sexual.

La novela evoca la contemplación de lo bello, simbolizado en este caso por las flores. En cada capítulo nos enfrentamos a un caso particular, narrado desde lo imper-

sonal. Nos enfrentamos a una narración fría y distante que no emite juicios de valor; simplemente cuenta lo que sucede y a veces señala algunos pensamientos o sentimientos de los personajes. Es una narración que no se escandaliza ante el contenido de lo que narra y que no evidencia una posición moralista; este tipo de narración invita a la contemplación de cada capítulo como si de una flor se tratara.

Casi siempre hay algún elemento que interrelaciona a los 36 capítulos. A veces un capítulo es retomado para complementar una historia. El primer capítulo, titulado “Rosas”, resulta fundamental, pues ahí se narra el descubrimiento por parte del científico Olaf Zumfelde, treinta años atrás, del motivo de cientos de nacimientos de niños mutilados: “Tres décadas atrás descubrió que las malformaciones de cientos de recién nacidos, que comenzaron a presentarse de manera intempestiva, se debieron a un fármaco hecho a base de determinada sustancia” (Bellatín, 11); lo cual se relaciona con dos historias principalmente: la del escritor y la de los gemelos Kuhn. Pero esta primera situación deja un precedente importante: la certidumbre de que la ciencia se puede equivocar; los avances científicos pueden resultar inconvenientes para el ser humano; la medicina no es del todo acertada, así como nos lo muestra el posible epígrafe del libro en el que un médico toma el pulso de un niño en su mano ortopédica de plástico.

Por otro lado, en el segundo capítulo, “Orquídeas”, se expone la situación del escritor con prótesis de pierna, víctima de los fármacos suministrados a mujeres embarazadas para curar sus náuseas y depresiones. Más adelante sabemos que este hombre realiza una investigación sobre las distintas formas en que se practica el sexo en la ciudad. En efecto, este protagonista suele visitar “los Altares”, una especie de *performance* ilegal en donde se hace algún tipo de representación. Pero aquí la retórica del silencio de Bellatín deja que el lector intervenga con su imaginación para reconstruir tales “Altares”, pues la descripción es mínima. Sin embargo, tenemos datos precisos del tipo de representaciones que allí se dan: “Es posible que se trate de un encuentro sadomasoquista en sus distintas variantes. Hay ocasiones en que los animales también forman parte de las funciones. Se acostumbra entonces escoger cerdas rechonchas o perros daneses” (15). Son representaciones de tipo sexual no convencional, que se promocionan de manera clandestina y en las cuales el público puede participar, subir al escenario.

En este capítulo también nos encontramos con los gemelos Kuhn, víctimas del fármaco, quienes carecen completamente de sus extremidades. Ellos realizan *performances* que deben ser realmente complejas prácticas contra-sexuales: “Los asistentes regularmente pueden subir al escenario, siempre y cuando esa noche no se presenten los gemelos Kuhn. Es de tal naturaleza el desarrollo de los *performance* de esos hermanos, que todos los visitantes deben guardar una distancia prudencial” (16). El hecho de que exclusivamente en las presentaciones de los gemelos Kuhn el público tenga que conservar cierta distancia, sugiere que sus presentaciones son de tal índole que puedan “salpicar” al público. Este tipo de representaciones recuerda los ejemplos que da Beatriz Preciado en su manifiesto, de prácticas contra-sexuales: “Ron Athey juega con sangre

infectada de VIH; se escarifica la piel, y escarifica de común acuerdo a otras personas, habla abiertamente de la toxicomanía y de su condición de marica seropositivo” (44).

Como se ve, la narración de Bellatín no define las situaciones, no delimita las posibilidades inferenciales del lector haciendo minuciosas descripciones; permite, más bien, que el lector juegue un papel pro-activo al abrir las interrogantes sobre la situación que allí se presenta. El lector imaginativo va a encontrarse asumiendo un papel subversivo en cuanto a contra-sexual, pues es él quien debe darle forma al *performance* esbozado en la novela.

Tal vez este sea el capítulo más sugerente en cuanto a prácticas contra-sexuales; sin embargo, no es el más problemático. Más adelante, el narrador insinúa la molestia que genera en el escritor el hecho de que en la función de los gemelos Kuhn el público no tenga una participación activa: “Esa pasividad parece molestarle al escritor, quien en esta ocasión lleva unos pantalones cortos y se ha colocado la pierna decorada con piedras artificiales. Pese a todos sus esfuerzos, nadie parece nunca dispuesto a conocer las posibilidades sádicas o masoquistas que ese miembro falso es capaz de ofrecer” (Bellatín, 16). Aquí, aunque no tenemos la acción del escritor en una práctica contra-sexual, contamos con esa búsqueda conciente del saber-placer que nombra Preciado. El escritor ve en su fisiología múltiples posibilidades de prácticas sexuales; es decir, que su condición de mutilado en lugar de limitarlo, gracias a su prótesis le permite explorar su cuerpo como una construcción tecnológica en busca de alternativas sexuales. Esto supone una nueva conciencia del cuerpo y de sus posibilidades sexuales, que no necesariamente tenga que modificar el género del escritor, y sí en cambio amplifica una concepción de la identidad sexual.

La investigación que lleva a cabo el escritor le permite acercarse a personajes de características disímiles (pero equivalentes, si se mira desde la teoría de Preciado). En el capítulo denominado “Jacintos” el narrador informa sobre la investigación del escritor. Nos dice que “ha descubierto a un grupo de muchachas que, vestidas como hombres, se reúnen todas las tardes en un local de puertas doradas (...). A esas mujeres les atraen los hombres que gusten de otros hombres” (Bellatín, 44). Si nos detenemos a pensar este tipo de relación desde el discurso hegemónico heterosexual surge la pregunta de qué tipo de relación hay allí. ¿Podemos decir que habría una relación de tipo heterosexual? Pero, al parecer esta pregunta no tiene cabida en un horizonte sexual de potenciales cuerpos parlantes, porque precisamente este concepto desdibuja el género del practicante sexual, ¿para qué?... puede ser que para evitar preguntas de este corte y establecer una nueva búsqueda de lo la identidad sexual que no dependa de la determinación de los géneros.

Más adelante, en el capítulo “Tulipanes” vemos el estado de marginalidad a que son sometidos personas como estas mujeres, homosexuales, *drag queens*, etc., pues el espacio que habían adoptado, denominado *Hell Kitchen*, planea ser abolido por el gobierno: “Como resultado de las últimas medidas gubernamentales, la zona de la ciudad conocida como *Hell Kitchen* está a punto de desaparecer. Por eso el escritor

tiene cada vez mayor dificultad para ubicar puntos de encuentro con personas que ejercen sexualidades alternativas” (Bellatín, 47).

Por otro lado tenemos al personaje “el amante otoñal”, obsesionado con establecer relaciones con ancianos. Sus prácticas también califican como contra-sexuales:

El amante otoñal le informó entonces al escritor de que meses después de su acuchillamiento decidió vestirse como una anciana... Por esa época comenzó a frecuentar algunos bares de sadomasoquismo donde solía convertirse en el centro de atención. Al escogerlo como parte de sus ritos nocturnos, los asistentes no maltrataban con sus bates de béisbol al amante otoñal sino a la anciana en la que se había convertido (Bellatín, 58).

El último caso de prácticas sexuales alternativas que se retoma acá es el de la crítica literaria que tiene un matrimonio heterosexual y busca llevar una vida normal, pero su pareja un día le revela, en un instante, su situación: “Cuando estaban por terminar la cena el esposo lanzó la noticia. Le atraían las mujeres pero de una manera distinta. Quería acercarse a ellas de mujer a mujer. Deseaba continuar con el matrimonio, agregó” (Bellatín, 69). A lo cual, la respuesta negativa de la crítica genera un divorcio seguido de un profundo arrepentimiento, ambos causados por ese aferrarse fielmente al esquema de lo normal establecido por una concepción limitada de la sexualidad: “La crítica literaria se quedó unos momentos en silencio para después decir que no creía que lo peor hubiese sido la decisión del marido de someterse a una operación de cambio de sexo, sino no haber aceptado la propuesta de seguir viviendo juntos” (Bellatín, 69).

En el comportamiento que en varios de los casos expuestos anteriormente puede verse, como el de los “Altares” en donde los gemelos Kuhn presentan sus *performances*, o el de las mujeres que se disfrazan de hombres que gustan de hombres con el fin de atraerlos, o la costumbre del amante otoñal de disfrazarse de anciana y ser partícipe así de encuentros sadomasoquistas, o el del marido que desea cambiarse de sexo para llegar a la mujer desde otra forma, se muestra el carácter de estas prácticas en las que la dimensión preformativa que pretende establecer la norma se transforma para adquirir una nueva dimensión teatral, próxima al *performance*, que produce un desplazamiento entre lo que dice la norma y la interpretación de quien la ejecuta<sup>1</sup>.

En esta novela hay situaciones que muestran cómo lo normal, lo que pretende mantener en orden el sistema, a veces se sale de control, es decir, que la concepción de lo normal establecida no puede, como pretende, ser medio regulador de lo “per-

<sup>1</sup> Sedgwick cita a Butler para explicar el doble significado de lo preformativo: “La ‘performatividad’ parece ser afiliada o motivada únicamente por la noción de *performance* en su definición teatral. Sin embargo, el trabajo de Butler constituye una invitación a, en sus palabras, ‘considerar el género como una ‘actuación’, por así decirlo, que es tanto intencional como preformativa, donde lo performativo lleva en sí mismo el doble significado de ‘dramático’ y ‘no referencial’” (1999).

verso”, y en cambio, genera una percepción sobre “lo perverso” distorsionada, la cual produce juicios de valor alejados de un mínimo intento de comprensión. Esto nos lleva a concluir que la sociedad ha adoptado más una visión moralista de la perversión, de acuerdo con la cual se juzga toda manifestación alejada de lo normal, y que ha descuidado la verdadera perversión, la maldad.

Tenemos dos casos particulares; por un lado, en el capítulo “Crisantemos” se expone el caso de una pareja heterosexual europea que, tras ser aceptada su postulación para la adopción de un niño sudamericano, se ve separada, y la mujer en últimas decide botar al niño a las líneas de ferrocarril porque,

... aquella adopción había modificado demasiado su vida. El esposo no soportó la nueva situación y había abandonado la casa definitivamente. La mujer se volvió alcohólica. (...) Antes de arrojarlo al tren en marcha dudó si lo mejor no sería devolverlo a su país de origen. Sólo pensar en los trámites que esto supondría hizo que no considerará dos veces esa posibilidad y esperase a cuatro pasos de su hijo el paso del tren expreso (Bellatín, 37).

Por otro lado tenemos a otra pareja heterosexual, Brian y Marjorie, quienes se enamoran en una discoteca, se casan un año después, y debido a una mentira de Marjorie respecto del uso de preservativos, se produce su embarazo. Esta situación no es aceptada por Brian, quien al instante abandona a la mujer. Finalmente, a través de medios legales Marjorie obliga a Brian a responder económicamente como padre legítimo; pero la historia no termina nada bien, pues Brian termina inoculando el Sida a su hijo con un jeringa: “El acto de Brian hubiera pasado quizá inadvertido de no ser porque en el preciso instante en que inyectaba a su hijo una enfermera apareció en la sala” (Bellatín, 105). Entonces, si el pretexto de ciertos mecanismos de control, que implican una construcción del género cultural por parte del discurso hegemónico heterosexual, es conservar el bienestar y alejarse de la perversidad, casos como estos muestran que no es precisamente determinando una “normatividad” de las relaciones sexuales entre los seres humanos como se aleja la perversidad.

Queda, pues la necesidad de ampliar y permitir, como lo hacen Preciado y Bellatín, la discusión y reflexión sobre la evolución de la identidad sexual en nuestra sociedad. El concepto de cuerpo parlante lleva consigo una necesaria apertura del significado de identidad sexual, la cual podría significar una búsqueda de identidad liberada de prejuicios, biológicos o morales, en torno al sentido humano de lo sexual, y también, una reflexión profunda sobre la razón de ser de las concepciones sociales que pretenden determinar la conducta íntima de los seres humanos. El género en este tiempo no puede ser un elemento de control que esquematice una sociedad; pues, la realidad es la existencia de una diversidad de múltiples alternativas en el plano de la sexualidad. Finalmente, se concluye que es precisamente a través de la literatura como esta reflexión es factible y poderosa (también peligrosa para el que no quiere

un cambio), pues requiere una apertura mental para la comprensión de un universo distinto, en el que el otro esté incluido y, de algún modo, próximo, más cercano de lo que puede parecer.

### Obras citadas

- Bellatín, Mario. *Flores*. Barcelona: Anagrama, 2004.  
 Butler, Judith. *El género disputa*. México: Paidós, 2001.  
 Preciado, Beatriz. *Manifiesto contra-sexual*. Madrid: Opera Prima, 2002.  
 Kosofsky Sedgwick, Eve. “Performatividad queer the art of the novel de Henry James”. En: *Nómadas*, N° 10 (abril, 1999), p. 198 - 214.